

BIBLIOGRAFIA

E: Lenguaje y la Filosofía, por JUAN ZARAGÜETA.—Instituto "Luis Vives" de Filosofía. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Madrid, 1945. 400 páginas en 4.º.

En 1943 asistimos a un curso monográfico que, en la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid, profesó D. Juan Zaragüeta **Sobre la analogía del Ser a través del lenguaje**. Ahora lo hallamos ampliado formando parte de este nuevo libro y fundido al resto del mismo. La preocupación de Zaragüeta por los problemas de orden lingüístico es, sin embargo, aún más antigua; su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas fué un trabajo titulado **Contribución del lenguaje a la filosofía de los valores**, que también constituye un antecedente directo de la presente publicación.

En rigor, aunque las investigaciones sobre el lenguaje han adquirido en tiempo próximo una frecuencia sin precedentes, el tema, en su perspectiva filosófica, ofrece una fecundidad difícilmente comparable a ningún otro orden de la realidad.

Para Stenzel, el problema del lenguaje apenas ha llegado a desarrollarse en el terreno de la filosofía. Lo que ha venido ocurriendo —a su juicio— es que a algunos investigadores, al trabajar científicamente sobre la **especialidad del lenguaje** se les han planteado cuestiones generales sobre la esencia de los procesos lingüísticos, cuestiones que han intentado reducir a una teoría; pero solo desde la obra de Cassirer, **Filosofía de las formas simbólicas**, el problema arraiga filosóficamente.

Ortega y Gasset ha insistido con extraordinaria justeza en la escasa medida en que personalmente nos valemos de las palabras; por una parte al romper a hablar renunciamos forzosamente a decir muchas cosas, y por otra, si nuestro interlocutor nos entiende es gracias a la tácita presencia instantánea de las circunstancias.

También Zaragüeta nos advierte desde el Prólogo que "calcar rigurosamente el pensamiento sobre el lenguaje es exponerse a las mayores confusiones de concepto y errores de juicio", y que las frecuentes "logomaquias" en la historia de la filosofía han esterilizado en cierta medida su proceso.

El libro se propone, de una parte, estudiar el lenguaje como un dato de la investigación filosófica, y de otra, advertir el riesgo, para hacerlo inoperante, que encierra el manejo de las significaciones. La obra aborda la tarea acotando dos zonas: la **Lexicología** y la **Gramática**.

Sólo un talento sistemático tan riguroso como el de Zaragüeta podía acometer la tarea de enfrentarse con el oleaje de las palabras para reducir las a un orden. Pero no es una clasificación ideológica de los vocablos lo que ha pretendido —que en cierta medida queda realizada— sino analizar concretamente dos modalidades, quizá las más importantes, de las flexiones de la expresión: la analogía del ser a través del lenguaje figurado, en las palabras significativas de realidades o ideas, y el lenguaje

estimativo (1). En la primera parte aparecen minuciosamente clasificadas incontables voces conforme a un juego de distinciones que no podemos hacer sino enunciar en esta ocasión. Una primera divisoria aísla los seres **existentes** de los seres **esenciales**; unos y otros son estudiados en función del vínculo analógico que puede ser de **contigüidad** o de **semejanza**. Merced a sucesivas discriminaciones hallamos en cada vocablo su más justo sentido.

La segunda parte estudia los valores y su valoración tal como se transparentan en el lenguaje, principalmente en orden a las amplísimas categorías aristotélicas de cantidad y calidad. Su tercer capítulo, de particular interés, expone un punto de vista nuevo para la clasificación de los valores teniendo en cuenta una radical distinción del concepto indeterminado de ser en seres considerados como objeto, sujeto o acto, pues "entre los de este mundo no hay uno que no lo sea, cuando menos virtualmente". Del cierto de este punto de vista dan ejemplo las páginas que incluyen esa clasificación y embocan uno de los más arduos problemas de la axiología.

La Gramática filosófica integra la tercera parte del volumen. La exposición no pretende hacer una filosofía de la gramática sino una gramática filosófica, es decir que "el punto de abordaje directo será el gramatical, y solo a través de él se definirá su sentido filosófico". Puede recordar un tanto a la *Grammaire générale et raisonnée* de Port Royal, no por general sino por razonable, lo que la hace tan insólita como interesante. Evocando a Condillac, Zaragüeta hubiera podido escribir al comienzo: "Grammaire — Dans laquelle on considere le Langage comme un instrument qui n'est pas moins nécessaire pour penser que pour communiquer nos pensées".

También reaparece en este trabajo el fino y familiar concepto de D. Juan Zaragüeta —consta ya en su tesis doctoral— de "actividad pura" que, en la obra casi ingente y ejemplar del ilustre oriotarra acusa una relevante originalidad.

P. de G.



Torres de Vizcaya. Las Encartaciones, por JAVIER DE YBARRA y PEDRO DE GARMENDIA.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas.— Madrid, 1946.

Con verdadera emoción hemos cogido entre las manos este libro que constituye una interesante aportación a la historia vizcaína. Sabíamos, desde hacía tiempo, que sus autores venían trabajando intensamente en su composición, y, ahora, nos llega, denso y documentado, revalorizado, además, con bellas y abundantes ilustraciones. La obra, su primer tomo, mejor, ha sido terminado e impreso. El fin primero e inmediato que persigue todo escritor en su trabajo, ha sido coronado, en este caso, con pulcritud y

(1) Se dice habitualmente que la aprehensión de los valores no es un conocimiento sino una estimación.

esmero; después, ha de venir la crítica, es decir la proyección de la obra sobre el juicio ajeno, la prueba, el contraste de que la labor realizada ha merecido cumplidamente los desvelos y sacrificios realizados. ¡Con qué emocionada curiosidad ha de esperar, un autor que ha puesto esfuerzo y amor en la obra, tanto su publicación como la de las recensiones que motive! Sin embargo, en la presente ocasión, la viva y emocional curiosidad de uno de ellos andará diluida, como un luto compartido, en los corazones de muchos amigos, porque Pedro Garmendia ha muerto antes de que las prensas cantaran en alto la romanza de su esfuerzo. Y hemos de ser nosotros, que tanto le queríamos, los herederos forzosos de sus inquietudes los que, en estos días, pongamos en tensión la doble emoción por la aparición del libro y por el recuerdo del amigo que no volveremos a ver.

Pero esta emoción ha de sentirla en mucho mayor grado, el otro autor, Javier de Ybarra, que, además de su amigo, fué quien hizo la obra con él, en estrecha y fraterna colaboración. Emoción doble, triple, la suya, de autor, amigo y colaborador y de superviviente de la empresa empezada. Ahora tendrá que ser él solo quien ha de recorrer el camino que falta por andar para llegar a ese final de la obra completa que se propusieron los dos. Ya no tendrá el apoyo del diálogo, en las dudas, ni el estímulo de ver al otro en pie, cuando desmaye. Tendrá que ser él solo, solo, quien ponga el pecho en la meta. Menos mal que Javier de Ybarra no es hombre que flaqueé, ni sienta esponjarsele el ánimo, aun sin diálogos y estímulos de espejo; él sabe ir hasta el final.

Este primer tomo que nos ocupa y remueve estas ligeras impresiones de amigo afectivo, se refiere concretamente a las Encartaciones, y sus autores han registrado en él todas las torres de la zona, lo que equivale a decir toda la genealogía y la historia medioeval de la parte más interesante de Vizcaya. La misma denominación de Encartaciones, tan traída y llevada por los historiadores, a punta de lanza, es ya un apasionante motivo de lucha. Todo es lucha en las Encartaciones, como si el espíritu del viejo banderizo, Lope García de Salazar, anduviera errante por los caminos: lucha en la tierra, lucha en la ría, esa ría que ha hecho a Bilbao y que Bilbao ha querido y quiere de nuevo hacer suya, por empuje combativo y dinámico de su actual alcalde; lucha en las minas, lucha en las familias; lucha, en fin, a través de los siglos, en los curiales de Valmaseda, entre el balduque y el papel de oficio. Las Encartaciones, tierra fronteriza con el estribo de la Reconquista, tienen, durante la Edad Media, una historia dura y agria.

Sobre esta tierra, inquieta y banderiza, durante la época a que se contrae el libro, han hecho un excelente trabajo los Sres. Don Javier de Ybarra y Don Pedro Garmendia. Don Julio de Urquijo, con su autoridad de pontífice de las letras vascongadas, les ha dado el espaldarazo de la confirmación, con un prólogo nutrido y denso como todas sus cosas.

M. C - G.



José María Doussinague: FERNANDO EL CATOLICO Y EL CISMA DE PISA.

Sabido es, digan lo que quieran sus detractores, que el pensamiento central de la política fernandina fué el mantenimiento de la paz europea como condición precisa para oponerse a los peligros —nada hipotéticos como

se evidenció, por desgracia, años más tarde— de una invasión general de los hijos del Profeta y de una ruptura de la unidad de la Iglesia. Tan cierto es que fuera esa la idea dominante de aquel ilustre monarca como que fuera, así mismo, la que mejor prendió en el alma nacional que a la lucha por la unidad espiritual de Europa se entregó con energías gigantescoas. Si como consecuencia de aquella política se engrandeció España, no fué tanto porque el Católico buscase ante todo su engrandecimiento, aunque es natural que lo procurara, cuanto porque la clarísima visión que de los problemas de su tiempo tuvo Don Fernando y su habilísima dirección de los negocios de Estado en los que se vió secundado por hombres de probada lealtad, a pesar de que con frecuencia no acertasen a comprender todo el alcance de las instrucciones que les daba el rey y errasen en la ejecución de las negociaciones que les encomendaba, produjo entonces, como siempre, sus naturales efectos; las hegemonías no son otra cosa que el resultado de la mejor perfección de las inquietudes y necesidades de un momento histórico y las ejercieron siempre los que mejor preparados se hallaban para ejercerlas. Por eso fué indiscutible la nuestra cuando desde el rey hasta el último de sus vasallos sentían que aquella hora era española; que España sola sabía cómo había que estar en Alemania, en Italia y en Berbería, arma al brazo y frente a todos; cómo en Trento en defensa denodada del sagrado tesoro de la fe; cómo en Indias evangelizando más de medio mundo. Y cuando la decadencia se produjo, acaso no fué tanto por la general conspiración contra España y lo que ella representaba en Europa, cuanto porque muchos de los nuestros, sobre todo en las clases dirigentes, sucumbieron al brillo aparente de las nuevas ideas.

Para comprender la España de los siglos XVI y XVII es preciso conocer la obra del Católico y su política de alianzas, tratados y matrimonios. Doussinague la estudia prolija y profundamente sin que la inocultable admiración por el sagacísimo monarca aragonés nuble la serenidad del juicio del autor que camina seguro apoyado en sólido bagaje erudito y documental de primera mano frecuentemente. No es el diplomático guipuzcoano un apologista a ultranza de Don Fernando; se sitúa ante los hechos, despojándolos de cuanto la pasión ha ido amontonando para desfigurarlos, en servicio de la verdad entera. Así ante la Liga de Cambray; así ante el problema de la anexión de Navarra, encajado en el conjunto de la situación europea, pues ni aquél ni ningún otro hecho puede ser considerado sin relación con las ideas y circunstancias vigentes en el tiempo en que se produjo; así, en fin, en la exposición y examen de la Liga Santísima y de la alianza hispanogermanoinglesa, no dirigida contra Francia, sino en cuanto esta potencia obstaculizaba el acuerdo general por la insaciable sed de expansiones territoriales de Luis XII que ponía en grave peligro, no sólo la paz general, sino también la unidad espiritual de Europa. Ciertamente los esfuerzos de Don Fernando no alcanzaron el éxito total que merecían, pero por ellos nació el Imperio español que su nieto el gran Carlos I había de llevar al ápice de su grandeza.

El libro, extenso y magnífico, del señor Doussinague ha sido editado con todo decoro por Espasa-Calpe.

J. M. I.



José García Mercadal: CHURRUCA.

Figura de las más señeras de la moderna historia militar de España, no ha tenido el gran marino de Motrico la fortuna de encontrar el biógrafo digno de su talla. Lo que de él se ha escrito es poco y, en general, fragmentario; el estudio completo de la vida y acciones del glorioso comandante del "San Juan Nepomuceno" está por hacer.

No es tan ambiciosa la aspiración del autor de este libro, ni, por otra parte, hubiera tenido cabida en la colección de que forma parte, de fines eminentemente vulgarizadores, fines que el trabajo del señor García Mercadal llena cumplidamente, pues en poco más de ciento cincuenta páginas en octavo deja claramente esbozada la personalidad de don Cosme Damián de Churruca, su carácter, sus estudios, sus trabajos científicos, sus dotes de mando, su prematura y gloriosa muerte, en fin, en Trafalgar, primero en la serie de desastres a que condujo a España la política lamentable del favorito del mentecato Carlos IV.

Escritor avezado a esta clase de trabajos, el libro del señor García Mercadal está bien hecho y puede ser muy útil sobre todo para la juventud que encontrará en el ilustre almirante el ejemplo de una vida entregada al servicio de sus ideales.

La Editorial Gran Capitán ha presentado el libro decorosamente y no demasiado caro para lo que hoy es uso.

J. M. I.

